

ÁNGEL SIN CIELO

por Joaquín Gracia Ruiz

Aunque inicialmente sus alas podían parecer inseguras, pasados unos minutos llenos de incertidumbre, consiguió remontar el vuelo. Pudo, entonces, admirar la gran belleza de todo lo creado y suspirar tranquilo liberando ansias amargamente conocidas.

El cielo era azul, sin ninguna nube, recortado en sus extremos por el verde de los árboles aledaños a la charca. Una ligera brisa estremecía los juncos y las espadañas de la orilla. En alguna de ellas, no recordaba ya cuál, su esqueleto vacío de ninfa sería aprovechado por alguien que lo necesitara más que él.

¡Qué importaba! Por fin era libre: ya no tenía un límite encima de su cabeza y el vuelo era hermoso. Su cuerpo se desplazaba con elegancia entre las flores de la orilla mientras sus ojos se sorprendían con los colores recién descubiertos. La restringida vida hasta su liberación había sido un continuo suplicio, un mirar atrás constante y un extremo cuidado en todo momento: un mundo de sombras que había llenado su infancia. Sólo tras perseverancia había alcanzado el paraíso. No se podía decir que no lo conociera puesto que, en los breves instantes de tranquilidad que podía concederse, ascendía las escaleras hasta el umbral de la tierra prometida y miraba más allá. Le gustaba lo que veía: ángeles y criaturas fantásticas que se adivinaban perfectos, pese a sus limitados sentidos, en el otro mundo, ajenos a las ataduras del suyo. ¡Cuánto había deseado ese momento, el momento crucial del paso!

Comenzaba a oscurecer, como en su antiguo hogar, pero aquí el ocaso se transformaba en un despliegue inmenso de insólitas luces, de inconmensurable vida. Entonces, quiso volar por encima de la charca y ver a través del umbral la tierra maldita de su niñez. Gracias a su nueva condición, pudo ver sin peligro los demonios que asolaban sus sueños, encontrar los antiguos lugares de reunión donde tantos ratos había pasado y reconocer a alguno de sus compañeros más jóvenes. Quizá uno de ellos mirara hacia arriba y descubriera un nuevo ángel en el cielo.

De improviso, el umbral se abrió y uno de los monstruos de sus pesadillas se abalanzó sobre él. La oscuridad lo envolvió y de nuevo se sintió en su viejo mundo para, después, perder la conciencia.

-Mira, papá, un pez ha saltado ahí.

-Sí -dijo paciente el padre-. Habrá intentado coger algún bichejo para la cena.

-¿De verdad, papá?

-O eso, o simplemente nos saludaba -respondió con la sonrisa en los labios-. Vamos, se hace tarde y mamá ha dicho que volvamos pronto a casa.